





Clorindo Testa

Clorindo Testa nació en Italia en 1923, residiendo en la Argentina desde el año siguiente. Es arquitecto. Viajó a España e Italia.

Entre las exposiciones en que interviene, se mencionan:

Muestras individuales en Galerías Krayd, Van Riel, Antígona, Bonino. Stedelijk Museum de Amsterdam, Holanda. Exposición Universal de Bruselas, Bélgica. Exposición Instituto Torcuato Di Tella 1961. Bienal de Venecia 1962. Bienal Latinoamericana, Madrid (1963).
Obtuvo el Premio Nacional del Instituto Torcuato Di Tella 1961.

Tan sólo mediante una acentuada distorsión de la realidad, podría pretenderse encarnar en Clorindo Testa la imagen prototípica del pintor contemporáneo, de ese pintor desesperado y feroz, peligrosamente sumergido en los pantanos expresivos, buceador no siempre afortunado, y cuyos esfuerzos por inscribir un signo que le sea propio en la gran galería de la pintura actual, son tan frecuentemente inútiles. Ese pintor prometeico, cuya imagen parece adecuarse suficientemente a la **actitud** que reclaman las condiciones de la pintura en estos últimos años, llámese Alechinsky o Götz, Langlois o Lacomblez, Matta o Jorn, vive cotidianamente su aventura en el espacio que invade y que fecunda. Sus victorias y sus derrotas constituyen las dos caras de esa moneda espiritual con la que paga su

participación en el "gran juego". Y sus obras son el testimonio detallado de su marcha hacia la expresión trascendente.

Pero las cosas se desarrollan de otra manera en Clorindo Testa, que parece dispuesto a mantener a toda costa, esa **distancia** protectora y vagamente higiénica que envuelve a su espíritu. Ese espíritu se convierte así en una isla, cuya vegetación le es estrictamente propia. Y cualquiera que sea el valor comparativo de esa flora, debemos admitir que mantiene un considerable grado de pureza.

Contrariamente a lo que sucede con la mayoría de los pintores que, de uno u otro modo, merecen el título de actuales, en Testa, la aventura no se desarrolla en la tela en el momento de ser pintada, sino que transcurre en ese espacio insular en el que el pintor, en soledad perfecta, fabrica su propio oxígeno. Testa se aproxima a la tela como el orador que ha preparado su discurso, que sabe que es un buen discurso, y que lo pronuncia sin demasiado entusiasmo, simplemente porque es necesario pronunciarlo. Al orador no le interesa la **comunicación** de su pensamiento, sino su pensamiento propiamente dicho, y esto, en el momento de ser gestado.

Así es como la **transcripción** es realizada con una precisión estrechamente vinculada a la capacidad de síntesis del pintor. Pero es así también como toda obra de Testa desprende un vaho polar, una gelidez a menudo despiadada y, en casos extremos, aunque raros, paralizante. Y el hecho de que en esos casos, la parálisis que posee al espectador se asemeje peligrosamente a la que se experimenta frente a una obra meramente decorativa, no resulta sorprendente si se considera que se está frente a una **transcripción** de la aventura y no frente a la aventura misma, y que si esa aventura ha sido mediocre o no ha existido realmente, la transcripción se convierte en una obra de retórica.

Advertimos claramente hasta qué punto esto que expresamos se presta a interpretaciones posibles pero erróneas. Y a riesgo de que ciertos espíritus inclinados a las generalizaciones apresuradas, deduzcan de lo expuesto que, a nuestro criterio, la pintura de Testa es "cerebral" o "intelectual", a riesgo de que se interprete que **transcripción de la aventura** equivale a "pintura de una idea", insistiremos en nuestro punto de vista.

Si admitimos que la mayor parte de las obras que realmente cuentan en los últimos quince años, responden de uno u otro modo a la práctica del **automatismo**, si aceptamos que las conquistas que se sucedieron durante ese período —ya se trate de Pollock o De Kooning, de Tapies o Cuixart— son hijas, aunque a veces renegadas, de ese método, debemos convenir en que la **aventura psíquica** a través de la cual el pintor conquista su universo mítico, se desarrolla indefectiblemente en el espacio de la tela y en el momento en que esa tela es pintada. La llamada "pintura de gesto" es el ejemplo más diáfano de ese estado de cosas. La tela aparece así como un **campo de batalla** y no son pocos los casos en los que el espectador que participe activamente en ella pueda oír el fragor de los cañones, colmar sus pulmones con el humo de la pólvora y reconocer el cadáver del pintor, sus órbitas y su sexo.

Esa actitud determina una pintura de **entrega**, y no estamos persuadidos de que sea la que establezca las mejores condiciones de comunicación. Pero si afirmamos, que esa aventura psíquica, puede transcurrir **de una manera diferente y a velocidades infinitamente superiores** en el seno de un espíritu dotado de un extraordinario poder de síntesis. Y más aún, que puede llegar a ser una constante de ese espíritu. En ese caso, la realización del cuadro será una **transcripción** y se dará en el lenguaje plástico que le sea más propicio. La capacidad de síntesis del pintor, eliminará de la tela lo "superfluo", decantará la emoción, sublimará la tragedia. Pero ese proceso de despojamiento y concentración, no siempre será el aliado de la expresividad. Probablemente, se encuentre vinculado a cierto pudor metafísico, propio de un espíritu insular como el de Clorindo Testa. O tal vez, sea una prueba singular de la **posesión del humor** que caracteriza a este artista.

Julio Llínás

Pintura 1963, óleo sobre tela.

